

Jorge Arturo Quintanilla Penagos

UN AÑO Y UN DÍA

Editado por
e-libro.net
para su sección Libros gratis
Diciembre, 2001

La primera vez que burló la migra lo acababan de correr del Mike's, lugar en el que estuvo trabajando de sacamaloras. Todo fue que empezó a echarle los perros a las gringuitas, y hasta se olvidó del trabajo.

Sí, burló a la migra en la forma más sencilla.

Por el año de 1965, de este lado estaba Tijuana y de aquel Imperial Beach. La raya en esos tiempos era imaginaria.

Vistió su metro ochenta de estatura con el traje bañó, una toalla colgando del cuello y una bolsa en la que se podía creer que llevaba sus demás bártulos. Empezó a patear su pelotita. La golpeó como para hacer una finta al invisible adversario, y le dio un pase lateral, que con mucha agilidad —pese a su gran corpulencia— logró alcanzar. Así siguió avanzando cual boxeador haciendo sombra en la pared. Pasó inadvertido.

Una vez fuera de la zona comprometida desinfló la pelota, sacó de la bolsa un pantalón y una camisa. Metió la pelota y la toalla, se calzó unos tenis y desapareció con rumbo a lo que originaba su afán de cruzar la frontera: la uña.

“Los gringos son muy confiados” —se decía siempre—. Dejan casas y coches abiertos, y yo soy muy justo, como dice el refrán: abierto el cofre, el justo peca.

Después de desvalijar unas cuantas casas regresó por donde vino y se puso una de "Padre Nuestro y Jesús Mío".

La lana que había ganado "honradamente" fue dilapidada entre el Blue Fox, el tropicana y la Olla de Grillos.

A la otra semana, todavía con algunos efectos del alcohol, repitió el juego de la pasada por Imperial Beach, obteniendo esta vez el mismo resultado.

Su campo de acción fue en aumento, a la par con el botín; se encontró varias cámaras fotográficas y de cine en una vagoneta que tenía los cristales bajados.

Hizo tan buena lana que después del atraco estuvo metido en la Olla de Grillos, atendido a cuerpo de rey por un harén de morras, por un poco de tiempo superior a la semana. Ahí lo conocimos los de la raza. Nos cayó bien porque sus ocurrencias eran muy buenas. A todos nos puso apodo: a mí me clavó lo de Pulgarcito (no sé si por lo chaparro, o porque mis nervios siempre me hacen estar rascándome todo el cuerpo); a Lencho le puso Mirinda, por lo grandote y corriente; a Rickie, que es el más alto (más de uno ochenta), lo señaló como la Enredadera, porque decía que creció a lo bestia.

Nos desquitamos bautizándolo de diferentes maneras: Raúl, su nombre de pila, únicamente le sirvió para su propia presentación. Por lo grandote le adjudiqué chiquilín; Lencho no se midió, y atinadamente lo nombró Patas de memela, cuando se dio cuenta de que Raúl podría nadar sin aletas; Rickie fue el más salvaje: El Ventanal.

—¿El Ventanal... ¿Por qué? —pregunté sin hilar cuál era la razón del apodo.

—No, no sigan —nos detuvo Rickie—. Miren su cara. Todos pudimos percatarnos que la tenía llena de barro.

—¿Por qué los barro? —pregunté— mejor le hubiera quedado lo de Mesilla, por los barrotes de la cárcel.

Las carcajadas de la broza nos identificaron con Raúl, y sobre todo con su capacidad económica de invitarnos a varias tandas.

Muchas veces libamos con Raúl, haciéndose, a partir del bautizo, sobre todo, nuestro mejor amigo. Máxime que en Escondido, del otro lado, nos ligó con unas gringuitas muy lindas, con las que tuvimos de todo. Sí de todo. Fue una semana apoteótica: ligue con buenas viejas, y todo gratis; licor a pasto, sin faltar tres o cuatro juanitas por cráneo. ¡Todo un acontecimiento!

Al cuarto día de farra, muy temprano salió Patas de memela de nuestra casa y se perdió en la calle.

Por la tarde Rickie preguntó:

—¿Y El Ventanal... onde anda ese huerco?

—Lo vi salir en la mañana, y me imaginé que iba a hacerla de conejo ponedor (conejo por corredor; ponedor porque le pone a la uña).

Pos ya hace rato que se fue y no aparece.

Con el comentario de Rickie se cortó lo que en un momento pudo ser una buena plática.

La noche transcurrió, y de Chiquilín, Patas de memela, el Ventanal, ni sus polvos.

A la mañana siguiente decidimos ahuecar el ala, viendo que nuestro "apoyo económico" no aparecía. Tomamos el bus hasta la frontera, y nos reintegramos sin problemas a Tijuana.

Al tercer día, o sea el miércoles siguiente, estábamos tomando unas cervezas para coto-rear el punto cuando apareció Raúl con una cara más verde que la de una rana en tiempo de agua.

—¿Ora qué te pasó? —le disparó Lencho.

—Me detuvieron los de la migra, por falta de papeles.

—Pero Chiquilín —le espeté—. ¿Por qué no has sacado tus papeles?

—Pues porque a ningún greaser como yo le dan papeles si no trai acta de nacimiento.

—¡Pos consíguela!, ¿o no, huerco? —gritó Rickie, alterado.

—Hoy te toca un día —me dijeron los de la tira—. La próxima vez será una semana y la tercera es de un año y un día.

—¿Trescientos sesenta y cinco días? —pregunté.

—No. ¡Ojalá fuera así! Un año y un día de quién sabe cuándo puede que te suelten.

—¡Ta cabrón... Ta cabrón! —la voz de Lencho sonó a susurro.

—¿Dónde estuviste? —mi curiosidad se despertó ante la insólita situación que nos narrara haber padecido nuestro "apoyo económico".

—En el Imperial Ranch —nos contestó. Así le llaman a ese chingado tambo gringo.

—Ta cabrón... Ta cabrón, Ventanal —repetí maquinalmente.

El chupe nos animó y pronto nos olvidamos del hecho. Seguimos en el Tropicana, después de haber estado libando en la Fogata, hasta que el sacamaloras de turno nos corrió porque la lana se nos había terminado.

El descrude fue sin Raúl, quien, como buen conejo ponedor, se había largado temprano.

No lo vimos jueves ni viernes, y para el sábado a la hora del amigo, nos rastreó. Venía contentísimo porque se ligó a una morrita preciosa que le facilitaría su pase al otro lado, ya que era residente. también celebraba que ya había delimitado su territorio de jale, que abarcaba por el Sur hasta Yuma, y en el Norte podría de L. A., que abarcaba hasta Blyte, casi colindando con Arizona.

Como ya nos tenía un poco de más confianza, nos narró que durante su último jale le fue padrísimo porque para evadir a los de la tira había cruzado por el desierto y todo le salió bien. Anduvo poniéndole en Yuma y logró juntar una buena lana.

—¿Adónde aprendiste la uña? —pregunté muy interesado en el currículum del amigo Raúl.

—¡Ah qué bato tan curioso!... ¡Pos donde iba a ser... Pos en el Defe! —casi gritó muy ufano—. ¡Soy chilango! ¿Y ustedes, huercos?

—También somos del Defe —le dijo Rickie—. También nosotros somos chilaquiles.

Pedimos otra tanda a costa del Ventanal para celebrar que éramos paisanos de Patas de memela, y agarramos la onda otros tres días.

En la mañana del miércoles, nuestro amigo se fue a la propio: la lana se había terminado.

Como buenos chilangos, todos los de la broza tratamos de cruzar para ir a San Isidro, con la intención de llegarle a unas morritas que estaban de rechupete. Los de la Leyenda nos retacharon, y de juidas cada quien jaló pa donde pudo. ¡Inocentes palomitas queriendo pasar con aliento alcohólico!

Para el jueves hubo reunión en la cueva de Lencho, y votamos que a partir de ese momento, y en virtud de que Patas de memela nos estaba costeano el libe, deberíamos de pararle cuando menos una semana, para que aquél se pudiera reponer del gasto, y además juntara algo para un buen desmadre.

La broza aceptó, y nos separamos para reencontrarnos en el libe que habíamos programado para el siguiente jueves, claro que buscando primero al Ventanal, Patas de memela, Chiquilín.

Llegó el ansiado día, y nadie localizó al conejo ponedor.

El viernes, para no hacerla larga, nos fuimos de velada, al mediodía a llegarle a las cheves en la Fogata, en donde nuestro crédito era bueno, siempre y cuando no pasara de quinientos pesares y esa marmaja aguantaba pal resto de la tarde y, si nos íbamos pian pianito, podíamos dejar pancho al mesero y alargar más el cuento.

Como a las cinco de la tarde el Chiquilín llegó arrastrando su golpeada y molida humanidad.

—¡Me torcieron otra vez esos cabrones! Otra vez al Imperial Ranch —se quejó.

—¿Estuviste otra vez en el tambo? —alcancé a preguntar—. ¿Cuándo?

—¡Desde el miércoles! Me quise dar una juida y me pescaron en Calexico —agregó—. Ayer salí apenas.

—¿Qué te dijeron esos cabrones? —preguntó Rickie.

—The next time, greaser —masculló Raúl— remember: You are of the one year, one day.

—Como quien dice —sentenció Lencho—. ¡Te queda un chance!

—Así es; pero ahora me van a ayudar ustedes y mi morrita que viene de Calexico con su patas de hule.

—¿Patas de hule? —pregunté con cara de inocencia—. ¿O Patas de memela?

—¡Oh, no chingues, Pulgarcito. Coche, car, vehículo, nave, nao, o como te plazca llamarle.

—Okey, no hay tos —contesté.

Volvimos a hacer lo que no nos costaba ningún trabajo, pero ahora invitando al amigo don Ventanal, Chiquilín, Patas de memela, persona

por demás estimada por la raza, que en esta ocasión venía más frío que un cadáver muerto.

A cual más se puso gis hasta las manitas, como para pegar programas o de perdís detener la pared. No quedó huerco parado: unos tirados en el suelo, en las mesas, ya fuera encima o debajo. ¡Un verdadero despiporre!

A veces pienso que por humanidad, y porque éramos clientes asiduos a ese changarro, fue que no nos sacaron a tirar a la calle.

La cruda de la mañanita nos agarró en curva. El canto de huácara fue general.

Llegar a la cueva de Lencho, que era la más cercana, fue toda una odisea. Para bajarnos el licor de la cabeza, nos bañamos. ¡Ah, qué difícil fue llegarle a la regadera!... pero qué sabroso se siente cuando el agua fría cae sobre el cuerpo madreado por el alcohol y las gotitas pican por toda la piel. ¡Es verdaderamente delicioso!

Nos despatarramos por el suelo para planchar oreja. Quién sabe cuánto dormimos. Un toquido fuerte, además de insistente, nos despertó.

—Hooney... Hooney —una dulce y melódica voz llamaba a la puerta, cual Sirena cantándole a Ulises.

Al tratar de abrir nos entrechocamos. ¡Todos queríamos ser los primeros!

No es por presumir, pero yo fui el mero mero; por accidente, pero yo fui el buenazo: Raúl jaló a Rickie y éste, a su vez, arrastró hacia atrás a Lencho, y el resultado fue de lo más gracioso, porque los tres cayeron patas arriba. Y yo, como estaba cerca de la puerta, justamente en el lado contrario de donde cayeron, pude abrir.

—Good morning —me mordí la lengua cuando, iniciando un saludo de mosquetero, incliné la testa y vi, ¡oh, qué belleza, una morrita de los yunaits con unos shorts que la palabra short se quedaba corta, mostrando más anatomía que un maniquí de medicina.

—¿Estar Raúl —su pregunta me sonó celestial.

—¡Andiamo, avanti, s'il vous plait! —las palabras se salían peleándose por manifestarse—. Entrè mademoiselle... —Todo bien, pero lástima que mi idioma saliera equivocado.

La bellísima hembra, como que entendió más por mis ademanes que por mis palabras. Entró.

Reconoció al Patas de memela en una revoltura humana, que como araña, lo que más le sobraban eran patas. Y, materialmente, se le colgó del cuello, cayendo los dos al suelo.

—Are you sick? —interrogó muy preocupada.

—No, no es nada—dijo el interpelado, y viendo que la muchacha no entendía: I'm fine... I'm fine —reiteró.

Platicaron después de las presentaciones de rigor, las que fueron a base de apodos:

—Te presento a Mirinda, por corriente, y grande. Pulgarcito, por las pulgas y lo enano. Mira, este es la Enredadera, el que creció a lo bestia.

La muchacha no entendió nada, pero se contagió por las carcajadas nuestras, acabando por reírse también.

—Ya que vino mi morrita —dijo muy ufano Patas de memela— podemos ir a L.A. Yo los invito.

—¡Sale! —grité con júbilo—. Pero, ¿cómo vas a pasar?—recordé su situación de ilegal pasando la raya.

—Bueno, ya pasé como espalda mojada, por Imperial

Beach, por el desierto... y ahora, pos en la cajuela del coche. El coche de Jenny es grande. ¿Okey?—volvió hacia la muchacha. La preciosa morrita asintió, y todo quedó arreglado.

Cada huercó cargó sus bártulos y documentación. Subimos al coche. La broza y la ensabonable Jenny como pasajeros, y Raúl en calidad de equipaje, en la cajuela.

Llegamos a la raya. Los de la migra apenas si nos revisaron al ver que íbamos con una residente. Pasamos a Calexico.

Cuando ya no había moros en la costa sacamos al Ventanal de la cajuela. Estaba bañado en sudor. La bendita cajuela parecía un baño de vapor. Era un horno.

En Calexico repetimos nuestra acción acostumbrada, libando hasta que cada bato quedó bien gis, pero ahora con la modalidad de completarnos con unos toques de buena juanita. Juanita de la verde, no Jenny, la de Raúl que es muy celoso. Amanecemos de chupe, y en puntada de drogados se nos ocurrió regresar a Tijuana. Y ahí vamos otra vez rumbo a la raya.

Íbamos muy bien aparentemente, aunque los ojos nos delataban. Nadie recordó que con la marihuana las pupilas se dilatan, y no llevábamos anteojos.

Los de la tira fácilmente nos clacharon. Nos pidieron los papers. Un negro me quitó las llaves del coche y se dirigió a la cajuela. La abrió y se echó para atrás, pistola en mano, cuando vio a Raúl.

El pobre Patas de memela, medio drogado y medio borracho, se incorporó coquetonamente, y dijo:

—¡Uf...! ¡Qué calor!... ¿bailamos?